

Sadí de Buen. El Lorca de la ciencia.

Un éxito científico frustrado por la represión franquista.

Prólogo

Ciencia, mosquitos, fusilamiento, gambusias, antipaludismo, librepensamiento, botijos para el transporte de peces, dictadura, Fundación Rockefeller... La relación de algunos de los nombres —tan contrapuestos— que aparecen en este texto se asemeja a una de esas sorprendentes enumeraciones con que Borges nos atrapa en sus poemas. Al principio, es casi imposible averiguar qué una vocablos tan dispares. Pero esa extrañeza previa acaba convertida en apasionante juego de asociaciones desvelado a medida que se avanza en la lectura del texto y que este concluye. Eso mismo ocurre en este soberbio librito, Sadí de Buen: el Lorca de la ciencia, en el que hasta el nombre del personaje que trata tiene algo de arcano, que añade misterio al relato que nos ofrecen sus autores.

Esta es la historia de un científico, Sadí de Buen (Barcelona, 1893-Córdoba, 1936), miembro de una familia de librepensadores, masones y republicanos españoles (su padre, Odón, eminente científico; su tío, Luis Lozano, ictiólogo relevante; su abuelo, Fernando Lozano, periodista; dos de sus hermanos, oceanógrafos; otro, médico; uno, jurista, y el más pequeño, ingeniero). Sadí es

fruto de una de esas genealogías decimonónicas de la más brillante intelectualidad española que acabaron truncadas por el tajo sangrante de 1936.

Ese es el personaje del libro. Y su afán, la erradicación del paludismo. A él se empeñó en Extremadura en los años veinte, en Talayuela y Navalmoral de la Mata. Asolaban entonces a las gentes de estas tierras —como a las de otras zonas de Andalucía— los mosquitos anófeles que transmitían el paludismo por culpa de la abundancia de aguas estancadas y pantanosas. Ciento ochenta de los doscientos municipios cacereños eran palúdicos. La fiebre perniciosa era una más entre las caras de la miseria extremeña. Sadí de Buen —colaborador del profesor italoespañol Gustavo Pittaluga— descubrió que, en Estados Unidos de América, en las zonas en que proliferaba un pequeño pez, la gambusia, comedor de larvas de mosquitos, no había paludismo. E introdujo, gracias a la Fundación Rockefeller, la cría de este pez en España para erradicar el paludismo. El 21 de junio de 1921 llegó al puerto de Cádiz la primera partida de gambusias americanas, que acabó en el Instituto Español de Oceanografía previo paso por la bañera de su casa. De allí fueron a la Fuente del Roble, en Talayuela, donde las liberaron. La aclimatación de estos peces en Cáceres fue óptima y, como acababan con todas las larvas del mosquito, fueron reclamados desde tantos sitios que en Salvatierra de los Barros, el pueblo de la alfarería, crearon un modelo de botijo para su transporte. El paludismo decreció notablemente. De la morbilidad de ochocientas mil personas y mortalidad de cinco mil de 1920, se pasó en 1935 a treinta mil afectadas y solo ciento cuarenta fallecidas.

En 1931, Sadí de Buen, científico de éxito, fue nombrado por la II República inspector general de Instituciones Sanitarias al tiempo que comenzaba a militar en el Partido Socialista, presidía la

agrupación socialista de Navalmoral de la Mata y seguía con sus investigaciones.

Todo acabó en 1936. El golpe de estado del 17 de julio le cogió a Sadí de visita oficial en Córdoba. El 22 de julio fue detenido por el comandante de la Guardia Civil Luis Zurdo Martín y fusilado un mes y medio después, el 3 de septiembre de 1936. No hubo razón ni proceso. Como en el caso de tantos otros, solo hubo violencia, ignorancia y fanatismo. Pero su condición de científico, como la de poeta en el caso de Federico García Lorca, añade mayor estupidez aún a los hechos, porque dice Carlo María Cipolla que el estúpido es aquel cuya acción provoca un daño que perjudica a los otros sin generarle provecho a sí mismo. Si con Lorca, junto a su vida, perdimos la continuación de una obra literaria soberbia, con el asesinato de Sadí de Buen y el desmantelamiento del programa antipalúdico en España el paludismo volvió a convertirse en una de las primeras causas de muerte en el país, con más de dos mil muertos en 1937.

Esta historia de ciencia de éxito que acaba con el fracaso de la violencia irracional y de la muerte es contada con brío y solvente erudición por Manuel García González y Pepa Corbacho Jiménez. Manuel es ilustrador y escritor de divulgación científica y Pepa, historiadora y comisaria de arte. No es el primer libro que escriben juntos ni el primer proyecto que comparten. En 2018 publicaron *Guía de aves del Jardín de las Delicias*, un delicioso recorrido ilustrado por las más de cien aves, reales e imaginarias, del cuadro de El Bosco. Y en 2020 editaron *La bitácora de Humboldt*, una serie de interesantes textos con curiosidades científicas. Ambos plasman en este *Sadí de Buen: el Lorca de la ciencia* los rasgos principales de su manera de contar e investigar: situar la ciencia en el centro del relato, no perder de vista el arte y la historia relacionada, comprometerse con lo relatado y escribir con

sencillez, sabiduría y ánimo divulgativo, con una certera combinación de anécdotas y categorías. Una lectura fascinante que, junto al placer enorme del conocimiento, deja en el ánimo la inquietud devastadora que provoca saber de la barbarie.

José María Lama
Historiador